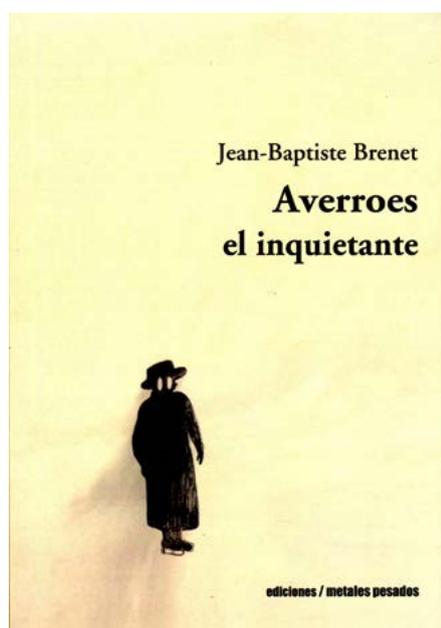


Jean-Baptiste Brenet, *Averroes el inquietante*, Santiago de Chile: Ediciones Metales pesados, 2018, 122 p. ISBN: 978-956-9843-67-9.



Un libro complejo, pero con ideas de gran interés, incluso para ser aplicadas a la realidad actual. El tiempo clarifica, hace que las ideas cobren un nuevo sentido, vistas desde un contexto siempre diferente. Es algo habitual cuando se profundiza en la filosofía medieval. En este caso, se centra en un aspecto concreto del pensamiento de *Abū al-Walīd' Muhammad ibn Aḥmad ibn Rušd*, nombre árabe de Averroes, el cordobés de Al-Andalus al que debemos, en gran medida, el conocimiento de Aristóteles en lo que llegaría a ser el mundo occidental contemporáneo, gracias a la calidad de sus comentarios detallados en torno al pensamiento del estagirita, con el incalculable valor que tenía abordar esta cuestión en el siglo XII. Y también, con el riesgo que conllevaba reflexionar con honestidad, molestando tanto a la tradición religiosa propia como a la ajena. Y es esto último lo que se aborda en esta publicación.

El autor, Jean-Baptiste Brenet, que es profesor de filosofía árabe en la Université Paris 1 *Panthéon-Sorbonne*, incide en el rechazo escolástico de la idea de negación de la individualidad y de la materia como base del intelecto, explicado por Averroes como una aplicación de lo universal y eterno. Y, ante esa negación de lo concreto y personal, el pensamiento cristiano reaccionaría, considerando a este jurista, científico y filósofo cordobés como un agente inquietante y perturbador.

Desde esa reacción dialéctica, la perspectiva latina, liderada por santo Tomás de Aquino, proyecta un recorrido relativamente complejo, en el que esta publicación vale, sobre todo, por la aplicación no explícita al pensamiento contemporáneo y a la sociedad actual, por su resumen de esa gran discusión, que duró siglos. Un claro ejemplo, la descripción, en esa época que nos empeñamos en ver tan oscura, del comportamiento masivo, del pensamiento colectivo. Algo que intentaron explicar Ortega y Gasset y diversos teóricos posteriores de diferentes paradigmas críticos. Una preocupación que es absolutamente contemporánea, ya que a veces parece primar la ausencia de criterio y la incorporación al pensamiento propio de ese intelecto común, que viene dado al individuo, hoy día, desde el ámbito mediático.

Pero la riqueza argumental se expresa, en este trabajo, con un brillo que podrán percibir aquellas personas que conozcan la obra de Averroes, su *Gran Comentario* a Aristóteles, además de las bases del pensamiento clásico y de su desarrollo a través de la *occidentalidad* latina y cristiana, es decir, de lo que ha devenido en ser la ortodoxia de la filosofía, llegando a lo moderno y contemporáneo y estableciendo valiosas conexiones con Freud y sus definiciones del yo y del proceso cognitivo y emocional. De hecho, se parte de la idea de *Unheimliche*, término que viene a resumir la paradoja de lo propio y ajeno a la vez, de lo afirmativo y su contrario, que no es otra cosa sino la negación de Averroes por parte de la filosofía escolástica, pero recurriendo siempre a las bases de su pensamiento, según Brenet. Era un autor inquietante, pero respetado y citado por diferentes motivos. Se reconocían sus aciertos, aunque no siempre de forma expresa. Además, siempre fue aun pensador de referencia para dibujar la ortodoxia o, en determinados casos, su ausencia.

Y así, este tratado sirve como excusa para revisar la idea del cuerpo y el alma, para intentar encontrar la falsa frontera entre oriente y occidente, la ontología del ser que pasa de puntillas por Kant en esta obra pero, por su herencia freudiana, se detiene algo más en Lacan y, sobre todo, en Foucault. Se valora, de forma crítica, el falso triunfo del argumentario cristiano, representado en la iconografía pictórica (Andrea di Bonaiuto, S. XIV; Ignoto, siglo XVI; Filippino Lippi, S. XV), donde Averroes aparece abatido, con los ojos desgarrados, o en la zona inferior del lienzo, lugar reservado a los perdedores, con toda la carga simbólica e ideológica que conllevan esas decisiones. Todo un reto, solo sugerido con determinadas pinturas, el análisis de la iconografía de esa forzada victoria dialéctica.

Para los *averroístas*, y eso era lo insoportable, lo universal lo era tanto que aplastaba lo individual, y la filosofía medieval europea, una vez regida por el canon católico, necesitaba que el pensamiento, las acciones y,

por tanto, la fe, reposaran en la responsabilidad individual del temor de Dios. No se podía aceptar que el hombre no pensara y no fuera responsable de ese proceso, de sus ideas y de sus actos, en todo un desarrollo cognitivo-conductual que ha llegado a nuestros días a través del catolicismo. Esa crítica al sistema, que además venía de una cultura “bárbara”, se llegaba a ver como demoníaca. Sin embargo, del gran analista de Aristóteles se rescataban esencias del propio pensamiento clásico, a la vez, además de la idea de un Dios universal que opera en cada una de las almas. Permanentes confluencias y algunos puntos distantes. Averroes, durante siglos, era fe y blasfemia a la vez, según se extrae de este trabajo. Y el pensamiento latino, de existir como tal, no asimilaba esa complejidad.

Es interesante, por último, la idea fantasmal, el valor de la imagen mental como vía para la generación o reflejo del pensamiento, algo negado en el *averroísmo*, lógicamente iconoclasta. El Dios que plasma el pensamiento que se expresó desde el Sur es realmente un todo, abstracto y concreto. Su antítesis, partiendo de la misma base, se basaba en la continua catequesis visual, desde el Románico hasta el Barroco. Y, desde todo lo expuesto, se insiste en la idea de la denuncia principal: “En Averroes, dice Tomás de Aquino, el hombre no piensa, no hay hombre en el hombre” (p. 82). Esa confusión de seres en la doctrina del intelecto único, inevitablemente, parece la propia descripción del término que se transformó en pensamiento único, y que nos invade desde una renovada y silente acción manipuladora.

Hasta la mención a la telepatía, recordando de nuevo a Freud, llega ese acercamiento a las interconexiones y a la negación de lo individual. La conexión mental es el establecimiento de esa red invisible, del alma común. Es la cohesión de la multitud. Como es evidente, la polémica no se resuelve en este libro, sino que, como buen ensayo, deja algunos interrogantes de calado. No son preguntas que plantee de forma directa el autor, pero sí se pueden extraer de la lectura. La primera de ellas, si Averroes fue el mejor o el peor pedagogo de la esencia de lo divino y de la fe. La segunda, de mayor interés aún, si la diferencia entre lo que hoy se denomina oriente y occidente es verdadera o una pura invención cultural. Y de existir ésta, si una de las claves de ese gran desfiladero que separa ambos mundos es la consideración y valoración de lo colectivo y lo individual. Por eso, en la reflexión sobre la *supra-individualidad* de las últimas páginas, el autor se atreve a plantear: ¡El Hombre ha muerto, viva el Hombre! Un trabajo interesante y un acierto en su traducción por parte de los editores, en una obra que, como tantas, perdió cierta visibilidad por la gran pandemia de 2020.

Rafael Marfil-Carmona
Universidad de Granada
E-mail: rmarfil@ugr.es
ORCID: 0000-0001-9688-7088